



Ejercicio borgiano

En algún lugar (que hoy no localizo) de sus obras, sé que Borges testifica, no sin inmodestia, su escasa erudición. Lejos de refutar semejante tesis la confirma una misma frase atribuida, en dos lugares, a dos autores distintos y cuyas referencias no proporciona. En el prólogo a su *Introducción a la literatura inglesa*, Editorial Columba, Buenos Aires, 1965, escribe que "Novalis escribió que cada inglés es una isla". Hacia 1967, en París, Borges dice en una entrevista con Georges Charbonier que "Heine decía que todo inglés es una isla". Ante este hecho de aparente anarquía se suceden varias explicaciones. Una primera y sencilla es aceptar que el autor mereció un ligero olvido; otra, conociéndolo, es la de que las buenas ideas ya no son de nadie sino del lenguaje o la tradición, siendo indiferente que se atribuyan a uno u otro autor; otra, a menos de creer el plagio entre ellos, sería que los dos autores dijeron independientemente lo mismo y el conocimiento de esto probaría, después de todo, la erudición en Borges y, de alguna manera ineludible, su falso testimonio. Me atrevería a conjeturar, por mi parte, que la mentira y el descuido son ajenos a Borges y sí íntima la argucia intelectual. Tan sólo habría que admitir, para probarlo, "una ficción improvisada por la modestia... para justificar una frase".

Por lo demás, el mismo Borges se burló ya, en el prólogo a *El informe de Brodie*, de esta policía de las pequeñas distracciones.

Posdata de 1973. Después de cambiar tres palabras del texto ("escasa" por "vaga", "refutar" por "desmentir" y "afirmación" por "tesis"), a nadie le parecerá una imprecisión o una hipérbole calificarlo de perfecto, de perfectamente borgiano.

Epicuro y la magia

Supongo que vengo practicando desde hace algún tiempo la ataraxia epicúrea, tal vez pirrónica. Una ausencia total de afectos, un desprendimiento, una insensibilidad e indiferencia concurren en mí moldeando mi nueva personalidad. Recuerdo vagamente el comienzo que trato obcecadamente de alejar, pero me es indiferente cuándo, cómo y por qué. Algo, sin embargo, me atormenta. No puedo olvidar que esta postura es contraria a lo que para muchos es la vida; acaba también, creo, con mi última pasión: la magia. Lo que verdaderamente ésta significa me fue dado encontrarlo en el *Liber sextus naturalium* del filósofo y médico persa Avicena. Avicena mismo nos dice que por largo tiempo no lo quiso creer, pero después de haber leído libros nigrománticos y otros sobre signos mágicos y magia, encontró que la emocionalidad (*affectio*)

del alma humana es la raíz principal de los numerosos sucesos mágicos que componen la realidad. Esto es debido, explica, a que en el alma mora una cierta facultad (*virtus*) de cambiar y de subordinar a ella las cosas, en particular cuando es arrebatada por un gran exceso de amor u odio o algo semejante. El alma hállase entonces tan ansiosa de las cosas que quiere realizar que espontáneamente aprovecha la *hora sideral* más significativa y más favorable. Cualquiera, nos confirma Avicena, puede influir mágicamente en todas las cosas si llega a ser presa de un gran exceso.

Di con Avicena por casualidad. Huía de las embarazosas teorías de Lavalley, de su rencor, quizá inconsciente, por sus frustradas esperanzas de iniciado. Lavalley, ferviente autodidacta del esoterismo y la cábala, tratando de encontrarle sentido a su vida había gastado años en la búsqueda de los secretos más indescifrables. Celoso, su amistad empezó lenta, cautelosa ante mi insistente escrutinio y juvenil interés. Me indicó libros, datos; en ocasiones sendas no del todo correctas, pistas no equivocadas, pero lejanas, vagas, inalcanzables, cuyo camino, arduo, terminaba en decepción. Pensé que debería ser la prueba de todo iniciado y que nada es gratuito en este mundo, pero un fastidio momentáneo me hizo meditar y reflexionar por mi cuenta.

Solo comprendí que palabras ejemplares, en un primer libro que la necesidad (no el azar) nos depara, son despreciadas por volúmenes de confusión; también, que la simplicidad, aunque a cierta altura nos esté vedada, no es tal si no se entiende a través de lo complejo, pues no hay nada en este mundo que no lo sea. Comprendí que "la Naturaleza es inalterable", que "todo es insustituible" y que "no hay saber que cuente mientras no contribuya al arte de vivir feliz"; lo aprendí en los estoicos y los epicúreos, en noches llenas de San Agustín y en melifluas páginas de Dios. Pero lo aprendí, más sustancialmente, en el instante en que una tarde, frente al rostro de Judith, percibí su rechazo, gentil, a través de sus ojos, y en su cautivadora esbeltez.

Desde entonces sé que no hay imposibles, pero también que lo bueno y lo malo son igualmente justificables porque están en nuestra naturaleza que, afortunadamente, controla nuestros propios deseos.

La magia es siempre algo que una persona posee, produce o vive; en ocasiones ajena a propósitos conscientes, como la lluvia que cae en un jardín o las luces del atardecer, destruyendo un amor, una amistad, o la vida misma.